

Cuarenta números de *Acontecimiento* Los que han sido sus directores opinan de su trayectoria

En torno a un mismo sentir

Emmanuel Buch Camí

Pastor Evangélico. Tercer Director de *Acontecimiento* (1991-1993).
Miembro del Instituto E. Mounier.

Porca miseria! Sabía que un día me hallaría hablando en preterito del Instituto Emmanuel Mounier y de *ACONTECIMIENTO*. *Misero de mí*, reducido a condición de simpatizante de ambos ministerios, cuando bien sabemos que al simpatizante le define el no-ser *ni chicha ni limoná*. Puedo esgrimir en favor de mi *simpatía* por el Instituto que su tarea ha sido la única en la que he militado formal e ilusionadamente, aparte de mi comunidad de fe. Claro que es un argumento más vergonzante que otra cosa, así que mejor lo olvido.

Conocí el Instituto Emmanuel Mounier en 1989 a través de Carlos Díaz. Pronto me incorporo al entonces muy activo grupo de Madrid; pronto soy invitado a sumarme al Consejo de redacción de *ACONTECIMIENTO*; y pronto aparece mi nombre bajo el epígrafe: Director. Demasiada generosidad, demasiada buena gente a mi alrededor. Los hermanos que he conocido en el Instituto y las biografías que han desfilado ante mí, no sólo me han formado en los principios del Personalismo y la autogestión; afortunadamente, tampoco me dejarán volver a ser como fui antes de conocerles. He aquí una de las razones de la miseria del *simpatizante*: habla en pasado y sus palabras, aunque sean sinceramente cálidas, apenas sueñan a disculpa obligada.

En fin, recordaba mi paso por *ACONTECIMIENTO* (¡ah, la mística de *Esprit!*) y mi experiencia como Director desde el nº20 (Junio de 1991). Me apresuro a decir que en un Consejo como el de *ACONTECIMIENTO*, el Director sólo dirige; mi tarea más propia se reducía a pelearme con la imprenta, procurar la entrega a tiempo de los originales (que no sus correcciones, ¿verdad Carlos?) y poco más.

Sería absurdo que dijera otra cosa: creo que hicimos una excelente revista. Basta ver los temas: violencia, caridad, política, religión, arte, democracia, fraternidad, ... Contenidos valiosos, lejos de los tópicos habituales; pluralidad de matices; espacio para las magníficas ilustraciones de Lola Calvo, preparadas ex-profeso para cada número; las tertulias, transcritas después a la revista, con limitaciones pero aportando agilidad y frescura; ...

Una gran (y libre, claro) virtud del Consejo hacía de la elaboración de la revista una experiencia deliciosa: el encuentro cordial de un puñado de amigos, por lo demás diferentes en casi todo: profesores, estudiantes; sindicalistas, periodistas, teólogos; agnósticos, sacerdotes, y yo ... Pastor Evangélico, director. Agrupados en torno a un mismo sentir, más intuitivo que elaborado en común; más de impulso pro-

fundo que por desarrollo concretizado. Una virtud que acabó siendo también tropezadero.

Siempre fui consciente de la sinceridad y del respeto cariñoso de los miembros del Instituto que en la Asamblea ratificaban mi nombre como Director. Sé que en las recelosas filas de los Evangélicos españoles no pasaron desapercibidas ni la generosidad del Instituto hacia mi persona, ni mi compromiso con él. Y sé que hicimos una no pequeña contribución al encuentro de los cristianos en fraternidad plural; y a la divulgación del Personalismo en el Protestantismo español.

¿Defectos? Faltaba una más estrecha relación del Consejo de Redacción con la vida del Instituto y con el palpito de muchos de sus miembros. Nunca fue por sentido de elitismo; sólo que *ACONTECIMIENTO* era para la mayoría de nosotros la aportación única (que no pequeña) al Instituto. Se hacía evidente que los matices de quienes más de cerca vivían el Instituto y más intensamente lo sostenían, no eran los de algunos de nosotros en el Consejo. No era justo y sí motivo de roces incómodos. Esta desarmonía entre amigos del encuentro pero a menudo sin fijar *día, hora y esquina*, hacía necesarios algunos cambios.

Dejé la dirección primero y el Consejo después, al tiempo que la

DÍA A DÍA

mayoría de sus miembros; eran momentos de sentida *refundación* del Instituto (así se insistía en las Aulas) y yo no estaba en condiciones de ofrecer el mínimo necesario en tiempo y dedicación. El primer número de 1994 (nº 30, Invierno de 1994) conoce un nuevo Director y un nuevo formato; sigo en el Consejo hasta final del año y en el primer número de 1995 (nº 34, Invierno de 1995) ya no aparece mi nombre en ningún lugar. Precisamente ese número, sobre *Pluralismo Religioso*, me pertenece en su gestación más que los anteriores; eran semanas de transición y participé de manera intensa en su desarrollo.

La tensión entre la identidad y la relevancia de un organismo no puede sostenerse indefinidamente; la vela no puede quemar a la vez por ambos extremos. Mi impresión particular es que la opción del Instituto está hoy por la identidad, aunque me parece percibir también cierta *incomodidad* por el radicalismo de las antiguas «26 tesis», que daban al Instituto mucho de su caracter

peculiar. En cualquier caso, deseo que el espíritu actual resulte en cohesión interna del Instituto

de manera sostenida y también mejora el aprecio de los lectores por su contenido. Son buenas señales, que hacen mínima justicia a un esfuerzo magnífico.

Todo el Instituto es fruto del mucho sacrificio de unos pocos. Los profetas no han muerto. Todavía hay locos. Pero la locura del Instituto parece, además, condenada a sufrir siempre de una misma herida en su costado: acoge, amamanta, educa, instruye y construye, para después verles/nos a sus hijos abandonar su seno y comparir en otros ámbitos lo que de provecho puedan/mos ofrecer. Supongo que nos ocurre a los más inmaduros porque después nos acompaña una continua sensación de culpa, y de agravio hacia aquellos

que tanto nos dieron. Será, como dice el apóstol Juan, porque todavía no nos acabamos de creer que podamos ser amados con tanta generosidad (1ª Jn.4,18). **A**



para más eficaz presencia pública. En lo que afecta a ACONTECIMIENTO, leo en el *Correo del Sur* que después de unos meses de cierta zozobra, las ventas crecen